

y enemigos a todos los hombres. Destruídas las causas productoras del desorden social, la humanidad será buena y altruista hasta por egoísmo.

Ahora bien: es una deducción lógica del estado social bosquejado que la solidaridad será un hecho; pues cada individuo, como cada colectividad, atraviesa períodos sumamente críticos, durante los cuales necesitan del apoyo, de las atenciones y cuidados de los otros individuos o de las otras colectividades. No es menester gran discurso para convencerse de ello. Todo individuo, en su infancia, en sus enfermedades, en su vejez, está imposibilitado de atenderse, y, por tanto, necesita del apoyo de los demás. Estas circunstancias difíciles las sufren todos los seres indistintamente; y claro es que en el interés, en la conveniencia, hasta en el egoísmo de todos está arreglar las cosas de manera que el necesitado sea cuidado con cariñoso celo; aun sin contar que sobra bondad para que espontáneamente se acuda a mitigar toda pena y a conllevar toda situación delicada.

También los pueblos más previsores hállanse sujetos a las brusquedades de la Naturaleza, que no siempre es la bondadosa y vivificadora madre; a veces es bien hosca y salvaje, y siembra la destrucción y la muerte por doquier, por medio de huracanes, terremotos, inundaciones, granizo o helada, que asolan los campos, derrumban edificios, cortan vidas y anulan esfuerzos innumerables. ¿Qué pueblo, qué comarca, no sufre alguna vez tales desdichas? Luego, aunque no sea más que por reciprocidad, se impone en la conciencia humana el deber de auxiliar con todos los recursos sociales a los pueblos desgraciados por los que han tenido la dicha de librarse del infortunio. A pesar de la insolidaridad de la sociedad presente, algo se hace en este sentido, y cada vez con más notoria filantropía y actividad; ¿qué no cabe esperar de una sociedad más perfecta, en la que el egoísmo grosero no tendrá razón de ser?

El principio de la solidaridad es na-

tural y muy humano. Es una consecuencia de la asociación en todos los seres y una resaltante cualidad en el hombre. La solidaridad no es, por cierto, ni la humillante caridad, ni la vanidosa filantropía, formas degeneradas del sentimiento de la solidaridad: es la reciprocidad; es el derecho del coasociado, así para los goces como para los infortunios; es el característico humanismo de la civilización verdadera. La generosidad humana es muy grande, y ella sola es capaz, como lo tiene probado, de cumplimentar esas necesidades individuales y colectivas; pero el hombre no quiere depender de la generosidad, que puede a veces ser insuficiente o tardía; él afirma el derecho al mutuo apoyo, a los recursos sociales para toda adversidad; pues para esto vive en sociedad, para esto contribuye al patrimonio común y al general bienestar cuando se halla en condiciones de hacerlo; y justo es también que se establezca la reciprocidad en caso adverso. No viene el niño a pedir el calor de un hogar que no ha solicitado; no quiere el anciano implorar un auxilio después de haber dado toda su savia a la sociedad; no puede reclamar un socorro la mujer en sus penosos trances, cumpliendo una ley natural renovando la humana especie; no: es la asociación, es la sociedad, es la humanidad que se apresura, por su bien, por su respeto, por su alta afectividad, a recibir al niño con ternura, a ofrecer solícito el brazo al anciano, a cuidar a la mujer en sus más importantes funciones; y todo ello habiendo organizado las convenientes instituciones con los más poderosos recursos de la Ciencia, embellecidas por el Arte y atendidas por todos con fraternal amor.

La solidaridad, pues, quedará instituida en la sociedad libre, como la libertad, como el derecho, como la justicia, como fundamento social.

Instrucción

Garantida la subsistencia del individuo por el trabajo fácil, higiénico y recreativo;